

Martin de Ugalde: "A pesar de las dificultades, Euzkadi se salvará" (y II)

F. de Saratxu

Deia, 1980-07-28.

El regreso supuso para Martín de Ugalde más inseguridad y el encuentro con la resistencia clandestina. Al principio se presentaron problemas policiales y los resistentes tuvieron que dividirse entre Euzkadi Norte y Sur. Al cabo de dos años se reunieron de nuevo, pero persistía la amenaza de la expulsión por actividades políticas. Hubo que adaptarse también a las catacumbas clandestinas. En Venezuela había libertad. El grupo vasco era pequeño, y sobre todo, libre. No había por qué ocultar nada. Volver aquí era volver al túnel, a las medias palabras, al miedo y a las intrigas. La falta de libertad pesaba como una losa y lo envenenaba todo.

"Además –dice Martín de Ugalde– nuestra integración no era total. Por otra parte, habíamos vivido mucho tiempo fuera de la patria, sin adaptarnos del todo allí, y a la vuelta, tampoco éramos totalmente aceptados, por la política, por los años de exilio, por todo".

La "vía erasmista" del euskera

– DEIA: *A pesar de todo, reemprende su labor, esta vez centrándose en la defensa del euskera. Primero fue "Zeruko Argia", luego "Alderdi". Más tarde vendría el puesto de viceconsejero del Gobierno vasco en el exilio, la labor en DEIA y el ingreso en Euskaltzaindia. De nuevo su espíritu renovador en acción, y de nuevo también la lucha contra los ortodoxos.*

– MARTIN DE UGALDE: El euskera, nuestra seña de identidad más definida, corría grave peligro, aunque la persecución de que era objeto se llevaba con menos intensidad que antes. Quedaban algunos resquicios para los escritores en euskera, y por ellos me introduje.

"Zeruko Argia" fue mi primer destino... y mi primer enfrentamiento. El euskera necesitaba savia joven y yo me dediqué a pedir a los escritores jóvenes que colaboraran en la revista como más tarde haría con "Alderdi". Pocos eran los que aceptaban a la primera pero, en cuanto les decía que los artículos tenían que ir sin "h" me quedaba sólo, y lo entendía muy bien. Yo, por el puesto que ocupaba, podía hacerme violencia a mí mismo y eliminar las haches de mis escritos pero, ¿cómo podía pedirle eso a un joven que veía claramente la salvación del euskera en el batua, en nombre de qué podía exigirle ese sacrificio?

Opté por la "reforma erasmista". Los editoriales sin hache, pero las colaboraciones como venían escritas por el autor. Enseguida surgieron voces airadas. Se me acusó de

infiltrado, de traidor, de subversivo... Una sola letra bastaba para ponernos a luchar los unos contra los otros, entre hermanos.

– D.: *Parece como si fuéramos un pueblo eternamente dividido entre Caínes y Abeles, condenado a luchar hasta el fin contra los de la misma sangre.*

– M.U.: Sí, somos un pueblo desgarrado. Alguien dijo que ésta es una de las razones de nuestra supervivencia. Nunca pueden destruirnos del todo porque siempre queda alguna fracción, y a partir de ella, nos reproducimos como colas de lagartija, que se vuelven a dividir una vez formadas y así hasta el infinito.

Unión, sólo cuando todo se va a perder

Sólo nos unimos cuando todo está a punto de perderse. Así ocurrió tras el 39. Todos éramos solidarios en la lucha común contra el régimen, e incluso los no euskaldunes defendían la lengua como arma de lucha. Así se peleó por las ikastolas, hombro con hombro, al precio de incontables sacrificios. Y luego, cuando lo peor había pasado ya, resurge la desunión.

– D.: *Dentro de su labor por la lengua en los medios de comunicación, usted desempeñó durante un año el puesto de subdirector de euskera en Deia. ¿Qué recuerda de esa etapa?*

– M.U.: *Deia* representaba el primer intento de prensa diaria en euskera, una estupenda ocasión para impulsar el uso de la lengua unificada como medio de relación entre todos los vascos. Por ello, adoptamos la lengua de la Academia, con "h". Queríamos emplear un euskera asequible para todos y celebramos frecuentes reuniones con las mayores autoridades del campo para recibir su orientación. Como siempre, muchos se opusieron a esa línea, decían que no se entendía nada, que era muy complicado. Pienso que no llevaban razón los que más criticaban no estaban calificados para opinar sobre el euskera literario porque no habían sido alfabetizados en su propia lengua. Es como si un andaluz se enfadara porque no encuentra periódicos escritos en andaluz. Hay que meterse en la cabeza que una lengua común es indispensable. Esto no quiere decir que haya que suprimir los dialectos y de hecho, en *Deia* se publicaban trabajos en euskalki, pero lo que debe primar es el batua, en igualdad de condiciones que el castellano.

Precisamente, el no poder alcanzar este objetivo me forzó a dimitir. Los primeros tiempos de un periódico son muy difíciles y los criterios económicos son prioritarios. Emplear el euskera al mismo nivel que el castellano no resultaba rentable, y como ese era mi objetivo y no lo pude cumplir, me retiré. Ahora veo con alegría que otros se acercan cada vez más a esa meta que me había propuesto.

Una nueva orientación, la historia

– D.: *Usted, de repente, deja de escribir en euskera y se dedica a los temas históricos. ¿Qué le empujó a tomar esta decisión? ¿El cansancio de una lucha sin fruto, tal vez?*

– M.U.: Mi trabajo siempre ha tenido un objetivo: ser lo más eficaz posible para el país, primero, y luego para el partido al que pertenezco. La mayor parte de mis obras en euskera las escribí en Caracas, y cada una de ellas trataba de cubrir un vacío. Cuando publiqué "Umeentzako kontuak", tenía a mis hijos en la cabeza, a todos los niños vascos que no tenían cuentos en su lengua. Más tarde vino la obra de teatro "Ama gaxo dago", en la que exponía el problema de la lengua, siempre mal comprendido. La madre, el euskera, estaba enferma, y había que tomar conciencia de ello. El "Iltzailleak", que estuvo prohibido aquí, recogía diversas historias de la Resistencia, todas ellas ciertas. "Iltzailleak" eran las fuerzas de ocupación que mataban a nuestros gudaris ante los ojos de todos aunque no se hablara de ello.

Cuando volví, el euskera me seguía preocupando y pensaba dedicarme a él. Pero vi que florecía una generación de jóvenes escritores, algunos de ellos euskaldunberris y que con ellos se salvaría la lengua. Ya no podía escribir lo que hacía en Venezuela, no tenía sentido, porque las esperanzas del euskera estaban empezando a colmarse gracias a los nuevos valores.

Sin embargo descubrí con sorpresa que la gente no sabía nada de historia. Yo reconocía mi falta de preparación en este campo, y la achacaba al alejamiento del país, pero comprobé que tampoco los que se habían quedado en Euzkadi sabían ni una palabra. Un pueblo que no sabe cómo ha perdido lo suyo, tampoco sabe cómo recuperarlo. En el campo de la Historia encontré mi nueva ubicación.

– D.: *¿Ubicación definitiva?*

– M.U.: Espero que no. Es cierto que el campo del euskera está bien alimentado por los chicos y chicas que surgen de pujante movimiento de las ikastolas, pero me parece que la literatura en euskera está un poco desatendida. Me gustaría introducirme en ella, pero antes tendría que conciliar lo que quiero hacer con la obtención de lo necesario para vivir. La literatura en euskera me atrae, pero no da de comer.

En estos momentos tengo entre manos la confección de una Historia de Euzkadi en cinco volúmenes editada por Planeta, de los que el tercero está ya en prensa. Con esta obra intento presentar un resumen de la trayectoria de nuestro pueblo desde el punto de vista vasco. Para ello he recurrido a testimonios de gentes del país, obtenidos de sus libros o de sus mismas vivencias sin desdeñar la tradición oral, como en el caso de los bertsolaris.

Las últimas obras que he terminado tienen también carácter histórico: una "El problema vasco y su profunda raíz político-cultural", editado por la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, es un ensayo sobre el proceso que ha llevado a la reducción paulatina del pueblo vasco y de su cultura, bien documentado y escrito con pasión, pero sin caer en el panfleto; la segunda obra es la compilación de los escritos de Sabino Arana, José Antonio Aguirre y Jesús de Leizaola, primera parte de una serie que esperamos completar con otras grandes figuras del nacionalismo vasco.

La eterna división de los vascos

– D.: *Sin embargo, la situación general de Euzkadi no parece ofrecer tantos motivos de optimismo como la del euskera...*

– M.U.: Cierto, se reproduce la división de que hablábamos antes. Tendríamos que conseguir un mínimo nivel de acuerdo entre todos, manteniendo nuestras diferencias de pareceres en lo que no sea esencial, pero aprovechando las facilidades que nos brinda el momento, con un marco institucional perfectamente defendible, y no repetir errores pasados y esperar al último momento, a la situación límite, para unirnos. Ocurre lo de siempre, que nadie quiere ceder, y que los que menos dan son los que más gritan. Tenemos que levantar un país federal, a base de que cada uno de nuestros territorios ceda parte de las facultades necesarias para crearlo. Si no llegamos a esa generosidad en aras del bien común, sucederá como en la Primera República, que a fuerza de respetar absolutamente todas las individualidades, terminó en un cantonalismo inoperante. No quisiera eso para mi patria.

– D.: *No son dificultades lo que faltan y, sin embargo, seguimos desunidos. ¿No se está haciendo sentir la falta de un líder?*

– M.U.: Nos falta un José Antonio Aguirre, es verdad. Fue una figura excepcional, que unió a todos los vascos sin discusión. Era el espejo en que se miraba el pueblo para soportar el sufrimiento de cuarenta años. Pero no siempre se dan los elementos necesarios para que surja un Aguirre, no sólo poseía grandes cualidades propias, sino que las adversidades que tuvo que afrontar le dieron un temple único. El líder se forja en fuego, a unos los quema y a otros los cuece. Aguirre y su grupo fueron cocidos.

En estos momentos tenemos a Garaikoetxea al frente del Gobierno. No podemos decir todavía si será el líder que busca el país, hay que darle tiempo y ver cómo evoluciona. No tenemos derecho a improvisar. Esta misma gestión de Gobierno está cociendo hombres: unos saldrán con bien de la prueba y otros se quemarán, pero para ambas cosas hay que dejar que corra el tiempo.

Y al fondo, la esperanza

– D.: *Visto lo apremiante de la situación, ¿disponemos del tiempo necesario?*

– M.U.: He ahí la cuestión. En este punto, mantengo una actitud permisiva y optimista porque creo en el hombre y en lo que va a venir, con un sentido providencialista, casi religioso. Intuyo que al final hay una luz, y que vamos a llegar a ella, nosotros, nuestros hijos o nuestros nietos, eso no importa.

Por otro lado, soy pesimista, en la medida en que tenemos que trabajar con la prisa y la angustia de que, si no lo hacemos nosotros, nadie lo va a hacer. Vivimos y actuamos con la sensación de que si hay un fallo, todo va a perderse.

Me anima ver que no hay quien de vuelta a este país. El ascenso de la conciencia de ser una nación no hay quien lo pare, y si los dirigentes del Estado español son inteligentes, se darán cuenta de que esta conciencia ha salido reforzada de cada castigo. Tras cada

puerta, tras cada represión, los vascos han salido más fuertes y más decididos a ser sus propios dueños. Si en este momento Madrid decidiera romper el sistema creado en torno a las instituciones vascas, la guerra sería a muerte y terminaría para siempre con los planes que ha forjado para Euzkadi.

Por todo ello, sigo pensando que al fondo, hay una luz, y que, tarde o temprano la alcanzaremos.